

Miguel Álvarez Castro

Francisco Gavidia

1897-6

Páginas 16-21

Este salvadoreño llama doblemente nuestra atención por ser el poeta y escritor más antiguo del país, por su noble carácter, comparable al de muy pocos, y porque nos da un ejemplo del hombre público, digno de ser presentado como modelo á la presente generación, ignorante por cierto de la filosofía de nuestra propia historia.

Nació Alvarez Castro á fines del siglo pasado en una hacienda no distante de la ciudad de San Miguel; no pudiendo decir nada ni de sus padres ni de su clase; circunstancia esta última, digna de ser considerada cuando se habla de los hombres de aquella época. Fué á educarse á Guatemala, donde si bien no completó una carrera, por tener que volver al lado de su familia que necesitaba de su apoyo, sí adquirió lo indispensable para desplegar sus naturales dotes intelectuales.

Tenemos por cierto que abrazó con entereza la causa de la independencia, y que, demócrata sincero al igual de Barrundia y de Prado, figuró en el partido que combatía á la nobleza.

Enlazado por vínculos de amistad y de partido con los principales

corifeos del partido liberal, casi todos ellos hombres de talento vastísimo, como Valle, Molina y Barrundia, al lado de ellos combatió por la democracia en los primeros años de nuestra vida autónoma. Sus versos nos suministran datos de sus ideas y de las filas en que militó, durante los acontecimientos que precedieron á la entrada de Morazán en el teatro de nuestra política.

La oda A José Cecilio del Valle y la elegía escrita con motivo del fusilamiento de Pierzon, están diciendo que en esta época de serios disturbios, él se había unido á Prado, lo mismo que Vasconcelos y Molina, para hacer resistencia al General Arce, Presidente de la República, ligado ya con el partido servil ó sea de la nobleza de Guatemala.

Tanto por sus ideas, netas y radicalmente deslindadas, según nos lo mostrará el curso de su vida política, como por su admiración á Valle, á quien había sido usurpada la presidencia de Centro-América, en la primera elección de este supremo cargo (á que se añade la preponderancia del partido que había anexado Centro-América á Méjico, y que después trabajaba por volvernos al dominio de España) Alvarez Castro se sentía indignado y lamentó el rumbo que tomaban los

asuntos políticos de Centro-América, que en aquellos momentos históricos eran para este país de vida y muerte.

“A penas sueltas,” decía á Valle,

De tus manos las bridas,

Torna á encender la tea cruel

Belona,

(en quo se refiere al triun-virato de que Valle fue alma;)

Miranse, oh Dios, envueltas

En lides fratricidas

Las provincias; “al arma, ¡isus!” se entona;

La ambición se corona;

Todo el orden se invierte

Y la patria copioso llanto vierte.

Estos últimos versos aluden al golpe de estado del general Arce.

Y en tan lúgubres días

Mi lira ha de sonar? Sí, caro amigo;

En horas tan sombrías

Recuerdo bienes ciertos

Que gozó la nación bajo tu abrigo:

Partícipe y testigo

Fui yo del dulce fruto

Que le ofreció tu celo en fiel tributo.

Lamentábase en estos momentos que no se hubiese oído a Valle, cuando en folletos luminosos había probado que se empezaba por implantar un gobierno ilegítimo, dando a Arce la presidencia para cuyo desempeño el mismo Valle había sido electo. El poeta exclama:

¡Oh si cuando en llamado

De las leyes al templo,

A defender del pueblo los derechos

Te hubiesen escuchado

Y seguido tu ejemplo!

La angustia no afligiera nuestros pechos,

Ni se vieran desechos

Los lazos fraternales

Ni los altos poderes nacionales;

Y no que ahora sumidos

En una guerra infanda,

Gime la viuda, el hijo, el tierno esposo,

De miseria oprimidos;

La doncella demanda

Socorro inútilmente al Poderoso; Huye y no más los soledosos sitios.
Allí espira angustioso Tornen á ver tus refulgentes rayos,
El honrado artesano; Do el despotismo la inocente sangre
contra un hermano allí lidia otro Audaz regara con infame mano.
hermano.
Tal es el cuadro horrible
De desgracias sin cuento
Fruto de la ambición y la locura ...
Se oye con cierta misteriosa
complacencia la voz de este poeta,
levantada en medio del tumulto
de la guerra, en un tiempo que
para nosotros, á pesar de la breve
distancia de medio siglo, aparece
envuelto en incertidumbre y obscuridad
históricas.
En estos mismos momentos, la
voz del poeta ha quedado como la
más elocuente protesta contra la
tiranía que la nobleza de Guatemala
había insinuado con desafueros
sangrientos. Pierzon, amigo suyo,
había sido asesinado por el Gobierno
usurpador; Alvarez Castro escribe:
¡Oh día infausto!, ¡miserable día!
Huye, ¡oh momento pesaroso! y
raudo
Vuela á ocultarte al tenebroso seno
Que abre el Leteo en su profundo
espacio;

Pronto volvió la libertad, merced á las victorias de Morazán, á reponer lo que la guerra civil había sembrado de luto y desolación en Centro-América. Morazán concibió grandísimo afecto por el poeta, cuyo noble carácter, austero y firme, parecía orgullo al vulgo y prenda estimable á los hombres superiores.

Electo diputado, las asambleas le abrieron campo á otra facultad hasta allí no ensayada de su genio; el poeta clásico, admirador de los latinos, en cuyas obras fortaleció su inspiración, y de Meléndez Valdez y Jovellanos, que sin duda escogió para modelo de sus obras; apareció esta vez adornado de singulares dotes oratorias. Su elocuencia, puesta al servicio de las ideas más avanzadas del liberalismo de aquella época, llenó de viva admiración á sus contemporáneos, y Morazán, electo Presidente de la República, le llamó al desempeño de la Cartera de Relaciones Exteriores, donde ayudó á Morazán, á quien admiraba justamente, en cuanto idea y tentativa se empeñó el vencedor de Gualcho.

El primer período presidencial terminó para Morazán, después de una administración azarosa. Iba á sucederle Vale, que en la primera

elección fue vencido por Arce, merced á la injusticia; en la segunda por la gloria de Morazán; y en la tercera por la muerte, se se interpuso entre el sabio y el solio de la presidencia centro-americana

Reelecto Morazán, por muerte de Valle, Alvarez Castro continuó á su lado como Ministro de Relaciones Exteriores. El poeta vio desde las alturas del poder, con la misma fría espcetación de su jefe, todos los acontecimientos que venían minando el Gobierno del doctor Gálvez, del estado de Guatemala: reelección de Gálvez, la escisión entre Gálvez y los ministeriales, y Barrundia y sus amigos y admiradores: la liga de éstos con la nobleza: la liga de la nobleza y el clero con las hordas que se levantaron con motivo del cólera y á cuya cabeza se habia puesto el audaz porquerizo, Carrera. Todos estos acontecimientos, que minaban á Guatemala y cuyas consecuencias debían hacerse sentir en todo Centro-América, no dispusieron á Morazán á acabar con el mal como habría, podido. Sea que el auxilio pedido por Gálvez, émulo de Morazán, fuese tardío, sea que Morazán, esperase ver á Gálvez fuera del poder, para, fiado en su genio guerrero, restablecer la paz de Centro-América, la política del grande hombre le fue inexacta y desacertada esta vez, y de su error nacieron males gravísimos.

A la petición hecha por Gálvez á Morán, contestó Alvarez Castro nombrando para que procuraran

la pacificación de Guatemala á don Juan Barrundia y á tres sacerdotes. Pero la revolución habia tomado tales proporciones, que los salvajes de Carrera no estaban para detenerse por la presencia de tres sacerdotes, tanto más cuanto Barrundia les era aborrecido. Lo que urgía era la espada del héroe de Gualcho. Los sucesos posteriores lo confirmaron.

Gálvez tuvo por fin que ceder á la doble revolución: la que le hicieron los liberales opositores, y la de los clérigos y la nobleza, que tenía por instrumento á las masas bárbaras de indios fanáticos y sanguinarios.

Alvarez Castro, Ministro de Relaciones Exteriores, y José Gregorio Salazar, fueron nombrados para ir á Mixco ó á la Antigua á entrar en arreglos con el general don Manuel Carrascosa, de los revolucionarios.

Alvarez y Salazar, manejaron este asunto con la mayor cordura exigible: Gálvez dejaría el poder: su ejército pasaría á las órdenes de Morazán, Presidente de la República, y las fuerzas revolucionarias ocuparían la Capital. La política de Alvarez y Salazar era hacer fuerte á Morazán, quien teniendo tanto influjo en la oposición, separaría las fuerzas de ésta de las de Carrera, al cual podía entonces Morazán deshacer y nulificar con facilidad suma.

Gálvez no hizo todo lo que debió para cumplir la estipulación. O bien se atribuló en tales circunstancias, y por no estar el Vice-Jefe del Estado,

no quiso abandonar el poder; ó bien penetrando la política del Ministro de Morazán quedase aun algún destello de esperanza insensata de triunfar en el momento de menos probabilidades; ello es que no trató de detener á los invasores á quienes Alvarez y Salazar fueron á manifestar en Buena Vista, que las negociaciones habían sido inútiles.

Gálvez resistió tres días y Guatemala fue tomada; resistencia notable si se tiene en cuenta que Gálvez contaba solo 400 hombres contados los jefes y oficiales, y las fuerzas de los opositores, cutas jefes eran Carballo y Carrascosa, unidas a las de Carrera, formaban un ejército de 5,800 hombres.

Alvarez Castro había dirigido una nota al general Carrascosa pidiendo que á la entrada de las fuerzas revolucionarias no cometieran desafueros, pero, aunque esto fue ofrecido por Carrascosa, ya se deja suponer que no podía ser cumplido, estando de por medio Carrera, que antes había pedido con instancia el saqueo en favor de sus cinco mil montoneros

Alvarez Castro volvió á San Salvador, con Morazán. El partido conservador, ayudado por la falta de disciplina de los liberales, se hacía cada vez más fuerte. Propuso la dictadura á Morazán, y fue desairado. Entonces se alió con una desesperación digna de un condenado, al siniestro partido de la barbarie que llevaba ya tres años de soste-

ner una lucha tenaz; lucha en que les daba el triunfo el número y su misma barbarie; lucha que forma la página más espantosa de la historia de Centro-América; lucha en que la victoria estuvo por el robo, el incendio, el asesinato, el fanatismo, la ignorancia, todas las calamidades y todos los crímenes, con sus más horribles agravantes.

Morazán, Alvarez Castro y sus demás amigos, comprendieron que se necesitaba un esfuerzo desesperado. La audacia épica estaba llamada á salvar la situación en tales momentos. Morazán contó con el apoyo de los liberales de Guatemala, y seguido por mil salvadoreños, se apoderó en dos horas de la antigua metrópoli; faltaron los recursos ofrecidos por los liberales, y tuvo que emprender una retirada más audaz que el ataque mismo.

Volvió al Salvador. Guatemala, Honduras y Nicaragua, aliadas, estaban á punto de invadir al Salvador y el pretexto era la permanencia de Morazán en el poder de este Estado; cargo para que había sido electo, después de haber terminado su segundo período de la presidencia de Centro-América.

Morazán evitó la ruina de su patria, emigrando con sus amigos.

He aquí uno de los desenlaces que más fuertemente conmueven el ánimo. Los pueblos valen lo que valen sus hombres: los hombres que abandonaban á Centro-América

significaban el porvenir, la gloria y la honra de la patria. Quedaba Guatemala dando la ley en nuestra política y á Guatemala se la daban Rafael Carrera, Sotero Carrera, Chúa, Chupina, Magandí, etc., etc.; una lista de presidio.

Alvarez Castro emigró con Morazán.

•••

Tocaba su vez á la desgracia y el poeta tenía en sí el temple que se necesita para resistir esa prueba. Más tarde, muchos de los más afectos á Morazán, entre ellos, Sagnet, se unen á los que habían perseguido á Morazán y que siguieron persiguiendo á los restos de su partido. Alvarez Castro, lo mismo que el general Cabañas y otros, muy pocos, dan la réplica á esta flaqueza de sus correligionarios: Alvarez Castro, más que ninguno, padeció una larga persecución que, como lo veremos, le llevó á la miseria, á cuya sombra aterradora, oscuro y olvidado, descendió al sepulcro.

Otros de sus compañeros de emigración encontraron asilo en Costa-Rica: á Morazán y Alvarez no les permitió el Presidente Carrillo ni bajar á beber agua á Punta-Arenas. El agua del buque estaba rompida.

Así continuaron su navegación hasta Colombia.

•••

Alvarez Castro volvió del Perú cuando Morazán con una flota de cinco veleros puso en movimiento y terror á las cinco tiranías que se habían distribuido el Gobierno de Ceutro-América.

Rechazados por el Gobierno del Salvador, y preparada la nueva revolución que tendía á unir á Centro-América, el poeta acompañó á Morazán en la invasión hecha á Costa-Rica, que dió por resultado un triunfo brillante, seguido de la más tremenda catástrofe: la muerte de Morazán.

Con desenlace como éste, la desesperación se apoderó de Alvarez Castro por el momento, y como todos sus correligionarios, quiso volver á su patria, aunque fuese á hundirse para siempre en la obscuridad. Volvió en el “Coquimbo;” y sabido es que estuvo á punto de promover un serio disturbio la llegada de estas pavezas del partido del ExPresidente. Hubo seria oposición de parte de Guatemala, Honduras y Nicaragua á la permanencia de los vencidos en tierra salvadoreña. Hace honor á la memoria de don Juan J. Guzmán, que era el Jefe supremo, la insistencia con que sostuvo el derecho de asilo para los vencidos, á quienes Carrera llamaba “gavilla de aventureros sin honor y sin patria.”

Con grandes dificultades y amenazado siempre por la influencia de Carrera y la tiranía de Malespín, que se imponía al mismo

Guzmán, Alvarez Castro permaneció en la República, pasando de Acajutla donde se le detuvo por de pronto, á esta capital donde residió algún tiempo. Por entonces apareció un folleto en que un señor Larrainzar nos tenía la conveniencia de anexar Soconusco á Méjico, y el Gobierno comisionó á Alvarez Castro, que en unión de otros hombres inteligentes dió una réplica al folleto de Larrainzar; pieza que no hemos conseguido leer, y que suponemos digna de Alvarez Castro y del Padre Menéndez, que en ella pusieron manos.

Alvarez Castro pasó después á San Miguel, no menos vigilado por sus enemigos.

Razón había para vigilarle porque la tiranía que humillaba al Salvador hacía necesaria la cooperación de todo patriota para derrocar á Malespín. Alvarez fue de los conspiradores. La conspiración abortó y él salió de nuevo para el destierro.

Pasó á Nicaragua, donde, ligado con el distinguido hondureño Ex-Presidente de Honduras don Joaquín Rivera y otros, luchó por derribar la tiranía de Perrera y Guardiola, y para emprender campaña contra los déspotas de Guatemala y el Salvador. Sus cartas, con las de sus correligionarios, fueron tomadas después de la derrota de Corps. Poco después, Malespín invadió á Nicaragua, empezando esta guerra desastrosa que ensangrentó más que nunca la tierra que servía

de asilo á los únicos hombres que sostenían todavía el credo político de Morazán. En esos días se firmaron tratados en virtud de los cuales iba á ser entregado Alvarez Castro y sus amigos al General Malespín. Estipulaciones que no se cumplieron afortunadamente. Sabidos son los cuadros de horror que sucedieron al triunfo de Malespín. Alvarez Castro se puso en salvo, y como á este tiempo ya el General don Joaquín E. Guzmán había coronado su biografía con el hecho de libertar al Salvador del lancero de Omoa, pudo nuestro poeta volver á su patria, abrumado de desengaños y desesperanzado de la redención de Centro-América.

Nuestra política iba haciéndose cada vez más personal, es decir, más corruptora. Alvarez Castro, descorazonado, con el recuerdo de Morazán, asesinado en Costa-Rica; de Joaquín Rivera, asesinado en Honduras; elemento de los tiempos heroicos de Centro-América, extrañó á las pequeñeces que desde entonces iban á disponer del destino del grande istmo, se envolvió en una vida obscura, donde la miseria acabó lo que habían empezado los desengaños y la desesperación, que para hombres como Alvarez son muerte anticipada.

•••

Hemos dicho al empezar esta biografía que Alvarez Castro nació en una hacienda cerca de San Miguel. Nos equivocamos, fue en un

pueblo próximo á aquella ciudad, según testimonio de otros biógrafos. Pero los datos que se refieren á su vida política, nadie antes que nosotros los había acumulado.

•••

He aquí algunas cosas anecdóticas de su vida. Alvarez Castro acompañó al Padre Delgado á la casa de Esquivel para celebrar los famosos tratados que tanto han hecho declamar á los enemigos del Salvador. (Véase la biografía de don Mariano Prado). Alvarez Castro permaneció en el corredor de la casa de Esquivel, mientras el Padre Delgado se entendía con el jefe servil Montúfar. Parece que los otros jefes guatemaltecos echaron algún rehilete á Miguel Alvarez, burlándose de la próxima capitulación de San Salvador. Alvarez, herido en su amor propio de salvadoreño, les respondió altanero, algo como esto:

—No se alegren UU.; lo que Delgado acepte puede ser muy bien desaprobado por los salvadoreños.

Los serviles han dicho después que estas palabras les dieron á entender que el tratado no sería de la aprobación del Gobierno salvadoreño. Si entendieron eso, por qué no rompieron las estipulaciones?

•••

Alvarez Castro tenía raras disposiciones para la música.

Hubo una mujer muy bella, á quien él amó apasionadamente.

Un día Alvarez Castro fue de paseo con la bella y varios amigos á la finca de la Chacra, en las inmediaciones de San Salvador. Ir á beber agua de coco, tomar frutas, sazonar la alegría con algunas copas de brandy, que entonces era bebida muy aristocrática, finalmente bailar el fandango, el zapateado de Cádiz y la varsoviana, al son de la guitarra de Alvarez Castro, era, en esta Capital, él colmo de la elegancia y el buen tono. La muchacha de Alvarez Castro fue á bañarse á la pila, recién construida; y al andar en camizón, descalza para echarse al agua, puso un pié blanco y travieso, como por diablura, en un montón de mezcla que habían dejado los albañiles y que estaba fresco aún: todo esto á los ojos del poeta á quien el amor contrastaba la seriedad habitual

La joven salió del baño con calentura y al día siguiente había muerto.

Seis meses después, volvió Alvarez á la Chacra con motivo de otra jira; esta vez con músicos, amigos y amigas, tal vez creyéndose curado de su reciente dolor.

Secreto impulso le llevó al baño. El montón de mezcla no había desaparecido y conservaba petrificado el molde gracioso de aquel pié ya reducido á ceniza.

Alvarez Castro pidió papel de solfa, y al mismo tiempo que hacía la música y el reparto para toda la orquesta, escribió aquellos versos tan cantados en otro tiempo, que tal vez recuerde algún lector sexagenario.

Allí está todavía

La huella de mi dueño idolatrado...

....

Lo que referimos para que se tenga una idea de la ternura clásica de nuestros abuelos.

•••

Alvarez Castro usaba por costumbre un cupido ó gorro blanco, que no se quitaba ni en el ministerio. Esto motivó el apodo de el tiñoso, que le dieron en su tiempo. En el destierro perdió la costumbre de

usar el gorro blanco, y cuando volvió á San Salvador costaba trabajo reconocerle, según nos cuentan los que le vieron.

•••

La muerte de Alvarez Castro ocurrió en una hacienda del Departamento de San Miguel, por el año de 1856.

El Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Centro-América se vió privado en sus últimos momentos de todo auxilio: pobre, sin amigos, completamente olvidado, sinó era de sus enemigos, que le recordaban cada vez que había oportunidad de maldecir á los partidarios de Morazán. Si en estos momentos buscó el poeta algún consuelo, sin duda debe haberlo hallado en la convicción de que dejaba un nombre inmaculado.